

de una *Chamaeza brevicauda* del Brasil, difieren completamente de los nuestros. Dichos autores vieron también dos formas, pero una era delgada y larga, y otra ancha y corta. El protoplasma era finamente aereolar y con vacuolas, mientras en nuestro caso el protoplasma es homogéneo e intensamente basófilo en los ejemplares grandes. La presencia de un blefaroplasto voluminoso de un flagelo muy fino y de una membrana apenas perceptible, alejan por completo el parásito observado por Carini y Maciel, del encontrado por nosotros en igual especie de ave argentina.

Por estas razones y por considerar muy característico el aspecto del tripanosoma por nosotros visto y diferente al de los descriptos hasta ahora en aves, proponemos individualizarlo, clasificándolo como *Trypanosoma Dabbenei* n. sp., en honor del doctor Roberto Dabbene, eminente ornitólogo de nuestro país.

LOS ÑANDUES DE LA ARGENTINA

POR

WILLIAM HENRY HUDSON

TRADUCIDO Y ANOTADO

POR

ALFREDO STEULLET Y ENRIQUE DEAUTIER

Los avestruces, ñandúes, emús, casuares y kivis constituyen un grupo de aves inaptas para el vuelo, que ha sido designado con el nombre de Rátidas o Corredoras. Son peculiares solamente del hemisferio austral y se caracterizan especialmente por la regresión de las alas, la carencia de quilla en el esternón, la atrofia de las clavículas, la fusión de los coracoides con las escápulas, el tipo primitivo de paladar (*Dromacognate*), la atrofia del pigostilo, la existencia de una incisura isquiática que separa el ileon del isquion en toda su parte posterior ⁽¹⁾, y la ausencia de glándula uropigia.

Pertenecen asimismo a esta subclase dos órdenes extinguidos: *Dinornis* o *Moa* y *Aepyornis*, de Nueva Zelandia y Madagascar respectivamente. Como eran aves de apreciables dimensiones — algunas especies alcanzaban a medir cuatro y aún cinco metros de altura — e inaptas para el vuelo, fueron fácilmente exterminadas por los naturales de esas islas.

Antes se incluía a los ñandúes en el mismo orden — Estrucioniformes ⁽²⁾ — que los avestruces; pero, aunque externamente se asemejan bastante, los primeros difieren de los segundos por su talla menor, la falta de cola y, especialmente, por la presencia de tres dedos en las patas, en vez de dos como en la especie africana. Las diferencias anatómicas son muy importantes y ellas determinaron la separación de estas aves, creándose el orden Reiformes para las rátidas americanas. En éstas, contrariamente a lo

(1) Sin embargo, en los ñandúes, emús y casuares adultos la incisura isquiática se cierra en su extremidad posterior por la unión del ileon con el isquion.

(2) Escribimos así este término, porque creemos conveniente, en un trabajo de divulgación como el presente, dar forma castellana a los términos latinos que designan órdenes y familias.

que ocurre en los avestruces, los maxilo palatinos son grandes, fenestrados y no tocan el vómer, el cual se articula con los palatinos y pterigoideos; la siringe tráqueo-bronquial posee un par de músculos siringeos y la pelvis presenta una sínfisis isquiática dorsal, debajo de la columna vertebral, constituida por la unión de los dos isquiones — en los avestruces no hay tal sínfisis, pero, en cambio, los pubis se encorvan fuertemente hacia abajo, formando una especie de gancho, y se sueldan por su extremidad posterior.

Los ñandúes son aves exclusivamente sudamericanas y se encuentran distribuidos desde el N. E. del Brasil (latitud de Pernambuco) hasta el Estrecho de Magallanes, hacia el sud, y hasta Chile y parte de Perú hacia el oeste. Han sido agrupados en una sola familia, Reídeas, que comprende dos géneros, *Rhea* y *Pterocnemia*, y seis especies y subespecies.

Las formas pertenecientes al primero de los géneros nombrados se caracterizan por los tarsos desnudos en toda su longitud y cubiertos en la parte anterior por escudos transversales anchos; en cambio, las formas incluídas en el segundo género presentan los tarsos emplumados cerca de la coyuntura con la tibia, y los escudos transversales sólo existen en la porción distal de la parte anterior⁽¹⁾.

En la Argentina se hallan las tres formas siguientes: *Rhea americana albescens*, *Pterocnemia pennata* y *Pterocnemia tarapacensis* Garleppi. Aparte de las diferencias de coloración que las separan, estas dos últimas especies distingúense una de otra por el número de escudos transversales de los tarsos que, en la *P. pennata* es de 16 a 18, mientras que en la *P. tarapacensis* varía entre 8 y 10⁽²⁾.

La *Rhea americana albescens* habita las llanuras que se extienden desde las fronteras con Paraguay y Brasil hasta el río Negro, al sud del cual — hasta el Estrecho de Magallanes — encuéntrase la *P. pennata*; la tercera forma vive en las áridas regiones de la puna, al N. O., así como en las mesetas de Bolivia.

Las costumbres de la primera de las especies nombradas fueron prolijamente descritas por Francisco Javier Muñiz en la notable monografía que, bajo el título de *El ñandú o avestruz americano*, se encuentra en el volumen de sus *Escritos Científicos*, reeditado, en 1916, por la « La Cultura Argentina ». El trabajo que, sobre este mismo sujeto, publicó Hudson en la obra *Argentine Ornithology* (1889), si bien no es tan acabado y minucioso como el anterior, no carece, sin embargo, de mérito ni está desprovisto de interés, pues los detalles y las reflexiones que contiene puede decirse que completan, en ciertos aspectos, la magistral monografía de Muñiz.

En un viaje realizado al Río Negro, en 1871, Hudson se preocupó de reunir toda clase de informaciones acerca de los hábitos de la *P. pennata*, que hasta entonces eran muy poco conocidos de los naturalistas. Los datos que recogió al respecto fueron materia de una comunicación que envió a la Royal Society de Londres y fué publicada en los *Proceedings* de esa Sociedad correspondientes al año 1872; este artículo fué reproducido, con ligeras modificaciones, en la obra *Argentine Ornithology* que, en colaboración con P. L. Selater, publicó en 1889.

Con las versiones que damos a continuación, comenzamos la traducción de la importante obra ornitológica de Hudson, referente a nuestra avifauna, que continuaremos en las entregas sucesivas de EL HORNERO. (Nota de los traductores).

RHEA AMERICANA ALBESCENS Lynch et Holmberg.

Esta especie — llamada ñandú por los guaraníes, choique por los indios pampas y avestruz por los europeos — encuéntrase en la Argentina,

(1) R. DABBENE, *Los ñandúes de la República Argentina*, en el EL HORNERO, vol. II, pp. 81-84.

(2) R. DABBENE, *loc. cit.*

desde el norte hasta el río Negro, en Patagonia, y aún, si bien disminuyendo gradualmente en número, hasta considerable distancia al sud de este río. Poco tiempo atrás era muy abundante en las pampas y recuerdo todavía la época en que era fácil hallarla a cuarenta millas de Buenos Aires.

Pero actualmente se está volviendo rara y los que quieren tomar parte en la exterminación de esta especie deben recorrer una distancia de 300 a 400 millas de la Capital antes de poder dar con un solo ejemplar.

El ñandú está singularmente bien adaptado en tamaño, color, facultades y hábitos, a las condiciones de la región, llana y desprovista de bosques, que habita. La elevada estatura, que le permite ver desde lejos,

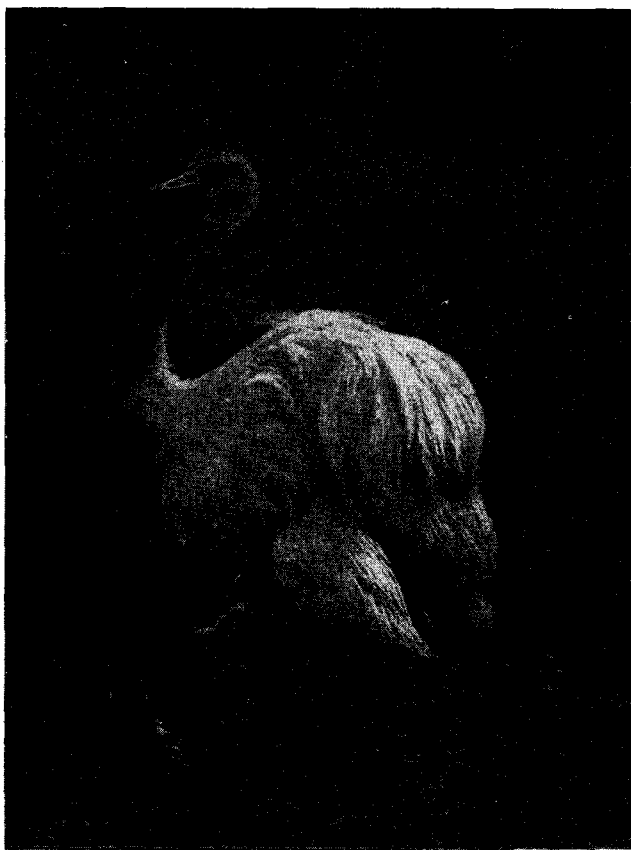
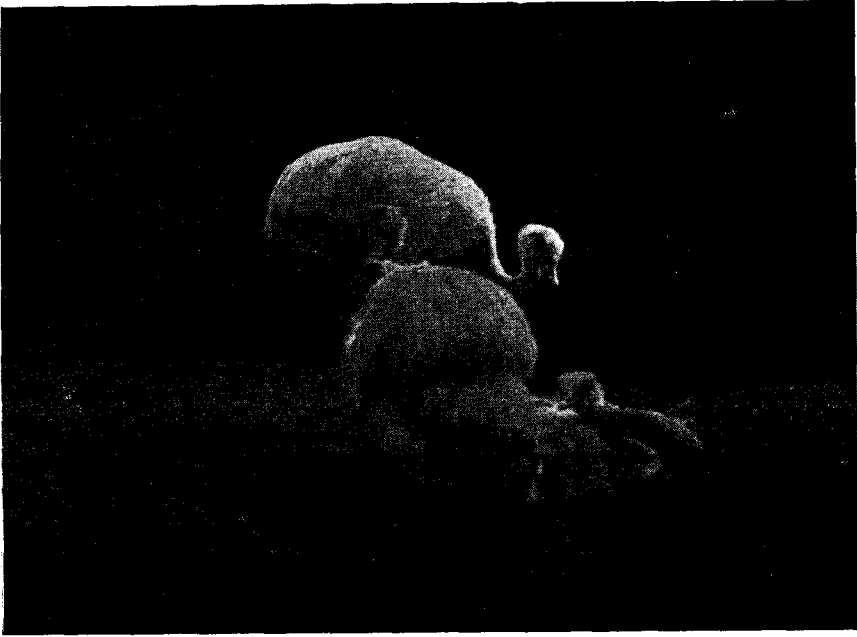


Foto José B. Llanos

Ejemplar albino de *Rhea americana albescens*. — Posición de postura.

excedía, antes de la aparición de los cazadores europeos montados, la de cualquiera de sus enemigos; el plumaje gris obscuro, semejante al color de la niebla, el largo y sutil cuello y el abultado cuerpo — muy próximo al nivel de los altos pastos — lo hacían casi invisible desde lejos, al par que la velocidad de su carrera superaba la de todos los otros animales

de la misma comarca. Observando atentamente la caza de avestruces en los desiertos pampeanos, donde abundan las grandes yerbas, se me ocurrió que esta manera de cazarlos a caballo había puesto en evidencia una debilidad del ave — un punto en que la correspondencia entre el animal y su medio no es perfecta. El ñandú corre fácilmente, pero cuando



Ejemplares albinos de *Rhea americana albescens*.
Hembra en el momento de poner, mientras el macho incuba.

Foto José B. Llanos

tropieza con altas matas de hierbas entrelazadas, como sucede a menudo, con delgadas plantas enredadoras, el ave, fortuitamente enredada, cae postrada y, antes que consiga desasirse, el cazador ha llegado a tiro y puede arrojarle las boleadoras que, golpeando fuertemente al ave, se arrollan alrededor del cuello, alas y patas, impidiendo la huida. Interrogué acerca de este punto a los cazadores de avestruces y ellos me respondieron que, efectivamente, era exacto que el ñandú amenudo cae cuando corre tenazmente perseguido a través de las altas hierbas, mientras que, por el contrario, el ciervo (*Blastocerus campestris*) nunca cae porque salta por encima de las grandes matas y de todos los obstáculos semejantes ⁽¹⁾. Esta pequeña

(1) A este respecto, creemos conveniente citar la autorizada opinión de Francisco Javier Muñiz: « Si encuentran (los ñandúes) algún obstáculo elevado detienen la carrera; pero si es una enramada o cerco débil, forcejea por vencerle, mediante repetidos empujones a pechugadas. Si el impedimento es resistente y bajo y no advierte, siendo la impulsión y peso del cuerpo tan considerables, se fractura los tarsos chocando contra él. En su marcha ordinaria o tranquila, un vallado o cerca de una vara de alto lo detiene lo mismo que una zanja de cuatro o seis cuartas de boca; pero si lo acosan, salva esos óbices con gran facilidad ». Los arroyos y ríos, siempre que no sean de considerable anchura o caudalosos, tampoco detienen al ñandú, pues este animal nada fácilmente. — Nota de los traductores.

imperfección del ñandú no hubiera sin embargo obrado excesivamente contra él, si se hubiese observado cierta moderación en la caza, o si el Gobierno argentino hubiese creído conveniente protegerlo; pero en el Plata, como en Norte América y Sud Africa, la licencia para cazar que todos poseen, es empleada con tanto entusiasmo y furor que, en el término de muy pocos años más, el tipo más noble de las grandes aves del continente será tan desconocido en la tierra como el « Moa » y el *Aepyornis*.

Los ñandúes viven en cuadrillas de 3 ó 4, y aún de 20 ó 30 individuos. Donde no son perseguidos, no muestran temor al hombre, andan alrededor de las casas y son tan familiares y mansos como los animales domésticos. A veces llegan a ser muy familiares. Recuerdo que en una estancia, un macho viejo constantemente iba a comer solo cerca de la puerta, y tenía una animosidad tan grande contra las mujeres que éstas no podían salir de la casa, sea a pie o a caballo, sin un hombre que las defendiese de los ataques del animal. Los pichones, cuando son sustraídos a los padres, llegan a ser, como acertadamente dice Azara, « domésticos desde el primer día » y seguirán como un perro alrededor de su dueño. Es esta natural sumisión, así como la majestad y singular gracia de su antiguo porte que hace la destrucción del ñandú tan penosa de concebir.

Cuando son perseguidos adquieren pronto hábitos recelosos y huyen corriendo casi antes que el enemigo los haya percibido, o bien se agazapan para ocultarse en los altos pastos haciéndose entonces difícil dar con ellos, pues permanecen como pegados a tierra y no se levantan sino cuando se está casi encima de ellos. Su velocidad y resistencia son tan grandes que con una pequeña ventaja a su favor es imposible darles alcance, aún cuando el cazador esté bien montado. Al correr, las alas cuelgan como si el ave estuviese herida, pero generalmente, por una razón imposible de explicar, levanta un ala y la despliega como una gran vela. Si es tenazmente perseguido, el ñandú corre en zizás, y, si el caballo del perseguidor no ha sido bien adiestrado a seguirlo sin perder terreno, en todas esas repentinas vueltas, el ave pronto lo deja muy atrás.

En el mes de Julio comienza la época de la reproducción y entonces los machos emiten curiosos sonidos ventrílocuos que imitan mugidos, rugidos y silbidos. Los machos viejos atacan y ahuyentan de la cuadrilla a los jóvenes, y cuando hay dos machos viejos, ambos se pelean para obtener las hembras. Los combatientes proceden de una manera algo curiosa: entrelazan sus largos cuellos, que semejan un par de serpientes, y después muérdense, mejor que picotéanse, recíprocamente la cabeza; al mismo tiempo dan continuas vueltas en círculo apisonando la tierra con las patas, de modo que, cuando el suelo está húmedo o es blando, trazan con sus pisadas un surco que limita un espacio circular. Las hembras de una manada se reúnen en una depresión natural del suelo, sin que nada la oculte a las miradas, y cada

hembra pone una docena de huevos y aún más⁽¹⁾. Es común hallar 30 ó 60 huevos en un mismo nido, pero a veces se encuentra mayor cantidad, y he sabido de uno que contenía, al ser hallado, 120 huevos. Si las hembras son numerosas, el macho generalmente se vuelve clueco antes que ellas terminen de poner y, entonces, las expulsa furiosamente y empieza a incubar. Las hembras depositan entonces los huevos por los alrededores, en la llanura; a juzgar por el gran número de huevos dispersos hallados parece probable que sean más los puestos fuera del nido que los que se hallan en él. El huevo fresco es de un bonito amarillo dorado, pero este



Avestruz petizo (*Pterocnemia pennata*).

Foto Antonio Pozzi

color día a día se hace más pálido hasta que finalmente se esfuma en un blanco apergaminado.

Una vez salidos del cascarón, los pichones son asiduamente asistidos y vigilados por el macho y es entonces peligroso acercársele a caballo, pues el ave, con el cuello tendido horizontalmente y las alas desplegadas, forma una figura tan desmesurada y grotesca y acomete tan de improviso que aterroriza al caballo que, por manso que sea, resulta ingobernable.

(1) Generalmente, el ñandú no busca una depresión natural del suelo para depositar los huevos, sino que el macho de la cuadrilla, antes que las hembras comiencen a poner, construye el nido que es una simple excavación hecha en el suelo, revestida de pajas y hojas secas. Para construirlo busca un sitio despejado desde el cual pueda vigilar fácilmente los alrededores y evitar las sorpresas de sus enemigos. — Nota de los traductores.

Las águilas y los caranchos son los enemigos más temidos por los ñandúes, cuando los jóvenes son todavía pequeños; a la vista de uno que vuela encima de ellos, se agazapan y lanzan un fuerte y ronco grito, a cuya señal los jóvenes dispersos corren aterrorizados a refugiarse bajo las alas del padre.

PTEROCNEMIA PENNATA (D'Orbigny).

Los indios designan a esta especie con el nombre de molochoique, pequeño o enano choique, y los españoles la llaman avestruz petizo. Habita la región comprendida entre el río Negro y el estrecho de Magallanes, aunque se halla también, pero en escasísimo número, al norte de ese río. Antiguamente abundaban extraordinariamente a lo largo del Río Negro, pero, desgraciadamente, algunos años atrás las plumas alcanzaron un precio exorbitante y los gauchos e indios hallaron, en la caza de avestruces, la más lucrativa ocupación; en consecuencia, estas nobles aves fueron perseguidas sin descanso y sacrificadas en tales cantidades que casi han sido exterminadas por doquiera la naturaleza del suelo permite darles caza. Hallábame en el río Negro cuando, deseoso de obtener ejemplares de esta especie, empecé a varios indios para que me cazasen algunos con la promesa de una liberal recompensa, pero no lograron capturar ni un solo ejemplar adulto. Referiré aquí, solamente, los más interesantes datos que pude recoger acerca de los hábitos de esta ave que, por otra parte, son muy imperfectamente conocidos.

Perseguida, intenta frecuentemente eludir la persecución con repentinas sentadas entre los arbustos que cubren la comarca, y cuando yace entre ellos, pegada a tierra, fácilmente pasa desapercibida, pues el color grisáceo de las hojas se asemeja al del plumaje. Cuando es tenazmente acosada, ofrece la misma costumbre que la *R. americana* de levantar las alas alternadamente y mantenerlas verticalmente, y también como esa especie, huye en zizás para escapar de los perseguidores.

Corre más velozmente que la *Rhea americana*, pero en cambio el animal se cansa más pronto. Durante la carrera, la *Rhea americana* mantiene el pescuezo erguido o ligeramente inclinado hacia adelante, mientras que la *Pterocnemis pennata*, a la inversa, lo tiende hacia adelante, casi horizontalmente, por lo que el ave parece más baja que la especie afín — de ahí, según se dice, deriva el nombre vulgar de avestruz petizo⁽¹⁾.

Se las halla en manadas de 3 ó 4 y hasta de 30 o más individuos. Comienzan a poner a fines de Julio, o sea un mes antes que la *Rhea americana*. Varias hembras ponen en un único nido que no es otra cosa que

(1) Las dimensiones de la *P. pennata* son realmente menores que las de la *R. a. albescens*. La longitud de la primera (desde el pico a la rabadilla) es de unos 91 cms., mientras que en la segunda alcanza a 1,32 m.; en cuanto a los tarsos, el largo es, término medio, de 27,5 cm. y 30 cm. respectivamente. — Nota de los traductores.

una leve depresión del suelo revestida con pequeños escombros secos; a veces se hallan hasta 50 huevos en un solo nido. Muchísimos huevos abandonados o *guachos* como se les llama, hállanse también lejos del nido. He examinado cierta cantidad de huevos traídos por los cazadores y los encontré variadísimos en forma, tamaño y color. El promedio de las dimensiones de los huevos es el mismo que en los de la *Rhea americana*; la forma es más o menos elíptica y apenas si encontré dos exactamente iguales. La cáscara presenta un delicado lustre y, cuando recién puestos, los huevos son brillantes y de color verde oscuro. Sin embargo, pronto se decoloran y del lado expuesto al sol toman primero un tinte verde opaco manchado, que se torna amarillento y después azul de añil pálido, para volverse finalmente casi blanco. La « edad » relativa de cada uno de los huevos que se halla en el nido puede determinarse por el color de la cáscara.

El macho incuba y cría a los pichones; los hábitos de procreación parecen ser completamente semejantes a los de la *Rhea americana*.

Los pequeños nacen con los tarsos emplumados hasta los dedos; estas plumas tarsales no se caen, sino que se gastan gradualmente, a medida que el ave envejece, por el continuo roce contra la ruda y achaparrada vegetación en medio de la cual viven. En los adultos generalmente persisten algunas de estas plumas, a menudo reducidas a simples púas, pero los cazadores me informaron que, a veces, se cazan adultos con los tarsos enteramente emplumados y, agregaban, que estos especímenes frecuentan llanuras donde sólo hay poquísimos arbustos.

El plumaje de los jóvenes es gris oscuro, sin plumas blancas o negras. Al año mudan de plumaje y adquieren el del adulto, pero no alcanzan su mayor tamaño hasta el tercer año